

Despues de un corto armisticio
 Iturbide más se acerca,
 Y se instala en Tacubaya,
 Donde al ejército arenga
 O'Donojú en su proclama
 Dice: "*Terminó la guerra.*"
 Como parte del Gobierno
 Que con Iturbide empieza,
 Manda que entreguen las tropas,
 Que tristes México dejan,
 A las tropas trigarantes
 Que en las garitas esperan.
 Les ordena á los de Yermo
 Que se vuelvan á su tierra;
 Y se volvieron, gritando
 "¡Viva el Rey!" con torpe lengua.
 Ocupa Chapultepec
 Don José Joaquin de Herrera,
 Y al alzarse, alumbra el valle
 Nuestra tricolor enseña.
 El 24 en la tarde,
 Con pompa que conmoviera
 En su sepulcro á los muertos
 Y en las calles á las piedras,
 Al Coronel Filisola
 Abre México sus puertas.

PRIMER ROMANCE DE LAS VÍSPERAS.

Cual se ven en una altura
 Represas hirvientes aguas,
 Que se engrosan de repente,
 Que sus diques desbaratan,
 Y que rajando la cuenca
 Que las tuvo aprisionadas,
 Estrepitosas y alegres
 Rebullen, corren y saltan,
 Tal la poblacion ardiente
 De México, se desata,
 Desbordándose en los puentes,
 Invadiendo las calzadas,
 Agrupándose en los pueblos,
 En las haciendas y estancias
 Que se ven entre verjeles
 Que de alrededores llaman,

Y en que se alojan las tropas
 Salvadoras de la Patria.
 La Piedad, la Ladrillera,
 Guadalupe, Tacubaya,
 Los Morales en las lomas,
 El Peñon sobre las aguas,
 Atzacapotzalco entre huertas
 Y en laberintos de ramas,
 Ahuehuetes, la Patera,
 Y poblaciones sembradas
 Entre ricas sementeras
 Y con sus casitas blancas,
 Todas banderas ostentan,
 Que hizo brillantes la fama,
 Y todas albergan héroes
 De indeficientes hazañas;
 Eran todos, reverberos
 Del contento de las almas,
 Eran manantiales puros
 De libertad sacrosanta
 En borbotones brotando
 El gozo, el amor, la gracia,
 Y las inquietas corrientes
 Que á esos veneros llegaban,
 Producian, como el choque
 Del Pacífico en las aguas,
 Ráfagas de luz divina
 Que eran el placer del alma

Entre esos rios de gentes
 Que á lo léjos matizaban
 Los colores más variados
 En confusion agraciada,
 El tápalo de burato,
 Las zancajosas enaguas,
 La *tilma* del indio rudo,
 La hermosa *cueva* bordada
 Del payo de Tierradentro,
 Y la severa casaca
 Del finchado palaciego,
 De baston, coleta y gafas,
 Junto del sayal del fraile,
 Y la pardusca sotana.
 Flotantes, sobresaliendo,
 Parecia que nadaban
 Los coches y los lacayos:
 Toldos que se improvisaban
 En ruidosos carretones,
 Caballos con gente en ancas,
 Y en oleajes los sombreros,
 Y en lo más alto paraguas.
 Como huracan en el bosque,
 Como hirvientes cataratas
 Sonaban esas corrientes,
 Corrian esas palabras,
 Entre gritos de vendimias,
 Entre alegres carcajadas

Hacia la luz caricias,
 Besos tronaban las auras,
 Los sembrados de la tierra
 Parecía que bailaban.
 Cada árbol bajo su sombra
 Un fandango cobijaba;
 Todo amor eran los ojos,
 Todo delicia las casas
 Y entre los confusos gritos
 Y el trajin y la algazara,
 De las músicas marciales
 Los acentos se escuchaban.
 Todos gozaban acordes,
 Cual si sola fuese una alma.
 Era el bien reverberando,
 Era la grandeza humana
 Redimida de su yugo,
 Dándole ser á la Patria!
 Y el ¡viva la Independencia!
 La explosion de dicha tanta.

—

Cuando más tarde estos goces
 Nuestros padres recordaban,
 Con la risa entre los labios
 Vertian amargas lágrimas.

—

SEGUNDO ROMANCE DE LAS VÍSPERAS.

Como contempla el avaro
 Con mirada dolorosa
 La nave en que sus tesoros
 Y sus ensueños zozobran,
 Así Novella y los suyos
 Vieron la ciudad hermosa
 Desde que pisó sus quicios
 El valiente Filisola.
 En vano excesos atroces
 Sugiere la rabia loca,
 En vano se pide un dique
 Para la corriente heróica.
 Era el poder una nave
 Cercada de hirvientes olas,
 Hundiéndose sin remedio
 Y á pesar de las maniobras.

Vaga Novella iracundo,
 Llano en ira se desborda,
 Liñan está pensativo
 Y Armijo y Buceli evocan
 A las furias del abismo
 Entre sus quimeras locas;
 Pero el grueso de las fuerzas
 Para la marcha se aprontan,
 Llevando duelo en las almas
 Y en el corazon ponzoña.
 Cuatro Ordenes y Castilla,
 Y Lobera y Barcelona
 Con los bravos Regimientos
 De Murcia y de Zaragoza,
 Los rencorosos de Yermo,
 Los alegres de Saboya,
 Todos á la Independencia
 Ciegos y feroces odian.
 Todos bebieron soberbios
 La sangre de los patriotas,
 Pero esta vez, impotentes
 Sus rencores se desfogan,
 Y escondiendo su despecho
 Buscan, gimiendo, las sombras.

ROMANCE DE LOS PREPARATIVOS.

En el alto Arzobispado
 Del alegre Tacubaya,
 El de pintorescas lomas
 Y deliciosas estancias;
 El que mira los paisajes
 De una belleza extremada
 Reflejándose en los lagos
 Y circuitos de montañas,
 Se aloja el grande Iturbide,
 Que era el alma de la Patria,
 Y á quien el pueblo queria
 Como á su dios, entusiasta.
 Todo por él era grande,
 Con su voz la gloria hablaba;
 Mujeres, ancianos, niños
 La augusta estancia cercaban

Para secundarle amantes,
 Para servirle entusiastas,
 Para que en todo se hiciese
 Su voluntad soberana.
 Concierta con Filisola
 El veintisiete la entrada,
 Y los Ayudantes, listos
 Que doquier atravesaban,
 Y fatigosos, intrusos
 En piezas y en antesalas,
 En un vaiven humillante
 Las órdenes secundaban.
 Filisola era italiano,
 De ingobernable palabra,
 Pero sus propios descuidos
 Solia tomarlos gracias
 Cuando la órden de Iturbide
 En el papel asentaba.
 " El Coronel Bustamante
 " Va mandando la vanguardia
 " Con infantes y cañones,
 " Y los dragones de gala,
 " De Chapultepec saliendo,
 " Y en San Cosme hacen parada.
 " De Atzacapotzalco y Tacuba
 " Partirá la retaguardia,
 " Y el Coronel Filisola,
 " Al alborear la mañana,

" Se reunirá con sus fuerzas
 " A su division en marcha.
 " Con escolta y en buen órden,
 " Por Belem irán las cargas,
 " Todos guardando silencio,
 " Con compostura extremada."

Entretanto, en los cuarteles
 El trajin soltaba chispas,
 Y era el correr de soldados,
 Y eran de oficiales iras,
 Y relinchar de caballos,
 Y desvergüenzas de á libra:
 Y en la ciudad entusiasta
 Era el correr las modistas,
 El agitarse los sastres,
 El alborotar las chinas,
 El preparar los tenderos
 Almidonadas camisas,
 El vagar de las pelucas
 Y de las trenzas postizas,
 El bañarse los caballos,
 El preparar con fatiga
 Destartalados simones,
 Carros y calesas ricas;
 El llevar á los balcones
 Retratos, bandas, cortinas,
 Y macetones con flores,

Y espejos en largas filas:
 Todas las lenguas charlaban,
 Todos los labios bebían,
 Todo era *marfil la cacha,*
Y sin punta la cuchilla,
 Como en su *argot* expresivo
 Dice el lépero con risa.
 Todos por ser militares
 Rabiosos se desvivían,
 Y era aguacero de espadas,
 De casacas avenidas,
 De charreteras chubascos,
 Y diluvio de divisas.
 De México los dragones,
 La vistosa artillería,
 La tropa del Padre Izquierdo,
 De *La Union* la fuerza invicta,
 De Chávarri el esforzado
 La hermosa caballería,
 En fin, agentes de todos,
 Porque es muy larga la lista.

Diez y seis mil compañeros
 Los de Iturbide contaban,
 Listos, valientes alegres,
 Para la triunfal entrada.
 Apenas brota el lucero
 Precursor de la mañana,

De trecho en trecho los gritos
 Del clarín los vientos rasgan,
 Y el júbilo con los ecos
 En las almas se propaga,
 Mientras severas las tropas
 Se disponen á la marcha;
 Pero ántes, en los caminos,
 En las calles y en las plazas,
 Volando, ó de mano en mano,
 Circulan esta proclama
 Que dirigió el primer Jefe
 A sus compañeros de armas:

“ El orgullo de la Patria
 “ Contemplad de gozo llenos;
 “ Ella en su altura se encuentra
 “ Por vuestros heróicos hechos,
 “ Y como astros refulgentes
 “ Viviréis en sus recuerdos.
 “ Ved un porvenir de gloria
 “ Ante sus ojos abierto;
 “ Ya que supimos formarlo,
 “ Marchemos á merecerlo”

Pero la palabra escrita
 Era el tema y el pretexto
 Para verterse torrentes
 De divino sentimiento,

Para irradiar victoriosa
 La erguida frente del pueblo.
 Lo instintivo, lo no escrito
 Era lo augusto y supremo,
 Supremo hasta lo terrible,
 Y terrible hasta el misterio,
 Porque advertía á los hombres,
 Porque enseñaba á los siervos,
 Porque á los crueles tiranos
 Les mostraba con su ejemplo,
 Que al fin consigue ser libre
 La nacion que quiere serlo.

ROMANCE DE LA ENTRADA TRIUNFAL.

Inunda la muchedumbre
 Caminos, plazas y calles,
 Y como en torrentes surge
 De los puntos más distantes.
 Cortinas y gallardetes
 Bosques forman en los aires;
 Y en los techos y cornisas,
 Y en las ramas de los árboles
 Hierven los espectadores
 Por ver á los *Trigarantes*,
 Y cabalgan tiernos niños
 En los hombros de sus padres.
 Desde Belem á Palacio,
 Por las opulentas calles
 De Plateros, la Profesa,
 San Francisco y arrabales,

Flores regaban el suelo
 Y eran fiestas los detalles.
 Las alturas ostentaban
 Flámulas y cortinajes,
 Y bandillas saludaban
 En vaivenes arrogantes,
 De lo alto de los balcones,
 Y en portadas de magnates.
 Azoteas y cornisas,
 Lo que impera y sobresale
 Eran orlas de curiosos,
 Eran racimos colgantes
 De léperos y muchachos
 Invasores de los aires;
 Eran ojos, eran bocas,
 Y era vida exuberante.
 Las calles eran salones
 De fantásticos alcázares,
 Con espejos, con candiles
 Y lámparas de cristales,
 Y retratos y banderas,
 Y plantas que al agitarse
 Llevaban frescor y aromas
 En invisibles raudales.
 Y era el verse esos colores
 De los trajes singulares,
 La negra saya, la enagua
 Con lentejuelas brillantes,

La manta del pueblo rudo,
 De las damas los encajes,
 El escote de la curra,
 Junto del sayal del fraile;
 El sombrero *acanalado*
 Y el sombrero de *petate*,
 Y alternando con la seda
 La *tilma* semisalvaje.
 Repicaban las campanas,
 Vivas sonaban distantes,
 Y del trajin y del ruido
 Y del concurso embriagante
 Parecía desprenderse
 Una voz sublime y grande:
 “ *En pié, y ¡gloria mexicanos,*
 “ *Porque nuestra Patria nace!*”
 Y electrizadas las gentes
 De todos sexos y edades,
 En explosion estallaban
 De delicias celestiales.
 Las copas, de mano en mano
 Corrian hasta agotarse:
 Todas las gentes se amaban,
 Todas reian sociables,
 Y la vieja barrigona,
 Entre su prole chillante,
 Repetia, entre las risas
 De los léperos tunantes:

"Vamos á ver á mi Güero
 "Y á ver á su coro de ángeles."
 ¿Quién pintara tanto goce,
 Quién, cuando no ha sido dable
 Que lo ofusque tanto duelo,
 Que lo borre tanta sangre?
 A las diez de la mañana
 Las calles parece que arden;
 Del ejército que llega
 El cañon da las señales,
 Y se agitan los curiosos,
 Y se agolpan hasta ahogarse,
 Retumbando los cañones;
 Y las esquilas vibrantes
 En las empinadas torres
 Que de estruendo se deshacen.
 Aparece el primer Jefe
 De la fuerza trigarante:
 Iba en su negro caballo,
 Más negro que el azabache,
 Como al salir de la noche
 Se ve la aurora brillante;
 Era verde su casaca,
 Y era el guarnés de su alfanje
 Esmeraldas y rubíes
 Salpicados de brillantes;
 Llevaba tres ricas plumas
 Del sombrero por remate,

Con los tres lindos colores
 Marcados por nacionales;
 Las sujeta una cucarda
 Que brilla reverberante,
 Y la forman esmeraldas
 Y rubíes y diamantes,
 Alusiones expresivas
 A la enseña trigarante.
 Iba feliz, sus sonrisas
 Derramando con donaire,
 Acariciando al humilde,
 Dando valor á los grandes;
 Era el bien y la esperanza
 Cautivando voluntades.
 Le adoraban los ancianos,
 Le reían las beldades,
 Los niños quieren salirse
 De los brazos de sus padres
 Para decirle ternezas,
 Para flores arrojarle:
 Era frenesí, era rabia,
 Era el espíritu amante
 Ebrio de dicha y de gloria,
 Sobre el héroe derramándose.
 En medio á su comitiva,
 Como jefe sobresale
 El hermoso caballero,
 Brigadier don Melchor Álvarez,

El humano, el consecuente,
 Flor de lo bueno y lo grande,
 Con Sota-Riva, á quien realzan
 Sus virtudes y modales.
 "Mirad—gritaba la gente—
 Aquel rechoncho elegante,
 El romo, de ojos pequeños,
 Ancha espalda y frente grande,
 Es el querer de Iturbide,
 El Coronel Bustamante.
 Ese de barba es Herrera,
 Aquel, Epitacio Sánchez,
 El impetuoso ginete
 Que decide los combates.
 Ese de áureos entorchados,
 Que llega, cual sol brillante,
 Es Cortazar, el que aduna
 Lo temerario á lo amable.
 Ese jóven es Ramiro;
 Va cual queriendo ocultarse.
 Pero abrid campo, que llega
 Uno grande entre los grandes,
 Blanco, majestuoso, digno,
 Con el pelo de azabache,
 Con la nariz pronunciada,
 Barba aguda, ojos amantes
 Ese es don Nicolás Bravo,
 Es el que en divino arranque

Vengó con perdon sublime
 Las afrentas de su padre.
 ¿Y ese gigante?—Es Guerrero
 El insurgente indomable.
 ¿Y aquel moreno?—Zarzoza.
 ¿Y ese guapo?—Don Luis Parres.
 ¿Y ese que saluda ufano?
 —¿No aciertas? el noble Chávarri,
 El mismo que venció á Bracho
 Y dió á San Julian alcance."
 Y al volar de cada nombre
 Entre los ecos marciales,
 Resonaban las palmadas
 Y los vivas prolongándose,
 Sonando como borrasca
 De la gente el oleaje.

¡Alto! gritan en las tropas
 De trecho en trecho á porfía,
 Y enmudecen los acordes
 De las músicas festivas,
 Y se pára la corriente
 De los raudales que brillan
 De luz, en el limpio acero
 De las ordenadas filas.
 Al frente de San Francisco,

Entre arcos y entre cortinas,
 El Ayuntamiento espera
 Y ostenta sus galas ricas.
 Su corcel deja Iturbide,
 Descubre la frente altiva,
 Y su rubia cabellera
 Como aureola se mira.

“Señor—le dice el Alcalde
 Mostrando una fuente rica
 Con desmesurada llave
 Cuajada de piedras finas—
 “México, reconocido,
 “Su llave de oro os envía,
 “Para que éntre con vosotros
 “De nuestra Patria la dicha.”

É Iturbide le contesta
 Con voz que de tierna vibra:
 “Id á decir, concejales,
 “A vuestra ciudad querida,
 “Que siempre pensé en su gloria,
 “Que de su ventura es digna,
 “Y que cumplí como su hijo
 “Cuando le ofrecí mi vida”
 Y al propagarse en los vientos
 Aquellas voces divinas,
 Causaba asombro el delirio
 Que el júbilo producía,
 Y esperaba la demencia

En ansiosa expectativa
 Un aguacero de rayos,
 De montes una avenida,
 Un reventar de volcanes,
 Algo extraño la alegría
 Era pálido reflejo,
 Y era el frenesí rutina
 Así á Palacio llegaron
 Las trigarantes insignias,
 Así pasaron las horas,
 Y así la noche, escondida,
 Dejó encenderse mil luces
 Para prolongar el día.